

# *Amor y esperanza después de la violencia*

MEMORIAS DE UN DESPLAZADO



Hugo Alexander Rondón Quintana

# *Amor y esperanza después de la violencia*

MEMORIAS DE UN DESPLAZADO

# CONTENIDO

Recuerdos de la infancia.....	11
El día que todo lo cambió.....	35
Llegada a la capital .....	47
Continuando nuestras vidas como desplazados .....	55
Una luz de esperanza .....	63
Trabajando para salir adelante .....	69
Nuestro nuevo hogar .....	79
A pagar deudas .....	85
Fechas especiales .....	91
La enfermedad de David .....	99
Cumpleaños de David .....	121
El don de David .....	123
Nuestra vida continuaba mejorando .....	135
La propuesta y la despedida .....	141
Me enamoré... .....	157
Despedida de Liliana y visión de algunos aspectos de la vida.....	177
Enfermedad de José y visita de David a la capital .....	191
“Tú estabas muy ocupado y yo te comprendo...” .....	211
Volviendo a aquel pueblo .....	237
Finalizando mis memorias .....	253

# ≈ I ≈

## RECUERDOS DE LA INFANCIA

Alguna vez, mientras examinaba un estudio, leí que los recuerdos son información del pasado que almacenamos y mantenemos en nuestro cerebro. Algunos los llaman evocaciones o reminiscencias. También se reportaba, que los recuerdos que no son útiles tienden a perderse, pero, aquellos que si los son tienden a ser más fuertes y duraderos, ayudando a forjar nuestra vida futura, pues, hacen parte de nuestras experiencias vividas y, por lo tanto, nos ayudan a tomar decisiones, a disfrutar, a alertarnos ante un peligro, entre otras cosas. Dependiendo de cómo los usemos, los recuerdos pueden ser de gran utilidad para mejorar nuestra vida, pero, también pueden ser utilizados para destruirla.

Hoy mirando por la ventana hacia el jardín de mi casa, sentí ganas de escribir. El día se torna gris, frío y llueve un poco. Es un día de invierno de octubre. En esta situación vienen a mi mente recuerdos de mis años de infancia y de mi juventud, que apoyan con firmeza lo que hoy soy, recuerdos que me hacen ser, pienso yo,

mejor persona y ser humano, recuerdos que deben y merecen ser reportados. Eso busco a través del presente escrito.

Mi infancia, hace ya casi cinco décadas, trae a mi mente pocos recuerdos. Es una lástima que la mente humana los mantenga bien escondidos en la memoria, o tienda a reemplazarlos por sucesos más recientes. Por eso, me apoyaré para relatar esa parte de mi vida, en los vagos recuerdos que de una u otra forma conservo en la mente y en los relatos que aún hoy mi madre me cuenta.

Nací en un pueblo relativamente cercano a la capital del país. Toda mi infancia la viví allí. De aquel pueblo recuerdo un parque que contaba con una amplia cancha de futbol de arena en la que comúnmente departía con otros niños, de los cuales ya no recuerdo los rostros y mucho menos sus nombres. Junto a esta cancha había una de micro-futbol bastante deteriorada y una de básquetbol, además de pequeños espacios con algunos columpios, resbaladores y glorietas. De aquel parque resaltaban sus paisajes. A su alrededor se hincaban esbeltas palmeras de gran altura y, si uno miraba hacia lo lejos desde cualquier punto, se vislumbraban montañas enormes que combinaban muy bien con aquel cielo azul que se posaba encima de ellas. Era como si el parque estuviera encerrado por fuertes murallas verdosas que lo protegiesen, así lo sentía yo en aquella época. A pocas cuadras de allí se encontraba el centro del pueblo con su catedral católica. Lo que más recuerdo de esta es su imponente arquitectura con aspecto colonial, amplio espacio y altura en su interior, lo cual producía un fuerte eco cuando se hablaba dentro. Además, recuerdo que en el frente de la entrada, justo detrás de donde el padre hacía la misa, había una estatua gigante de Jesús crucificado y sangrando, e imágenes de apóstoles y ángeles pintadas en las fachadas laterales. Frente a la catedral, atravesando un pequeño parque, se encontraba la alcaldía. El parque tenía un área rectangular en cuyo centro se erigía una estatua en honor al hombre que fundó el pueblo. También tenía palmeras altas y esbeltas, pero, a diferencia del

anterior, dichas palmeras se encontraban separadas cada cinco metros aproximadamente, dejando espacios entre palmera y palmera para colocar bancas. Allí socializaban y se reencontraban las familias, principalmente los fines de semana y días festivos. Alrededor del centro del pueblo se circunscribían las casas donde vivían aproximadamente unas cien familias, la mayor parte de ellas humildes y dedicadas al servicio doméstico de las pocas adineradas. Otras vivían del campo y de lo que se podía producir en él. Aquel pueblo era por lo general caluroso de día y se rodeaba de una exuberante belleza natural. En su costado oriental estaba bordeado por un río. Sobresalían árboles con hojas y flores de diversos colores, que hacían gala y homenaje al aspecto colonial que lo acompañaba desde la época en que conquistadores españoles se asentaron y dejaron sus costumbres y marcas allí. En las noches, la sensación térmica cambiaba, incluso en algunas ocasiones me recuerdo usando abrigos para protegerme del frío. Con respecto a la tecnología, mi madre me relató que solo se contaba con algunos pocos teléfonos para comunicar al pueblo con el centro del país; sus propietarios eran el señor alcalde, el secretario de obras públicas, la estación de policía y las familias más adineradas. Asimismo, eran las únicas personas que tenían acceso a servicios públicos, radio y vehículos automotores, los cuales eran considerados accesorios de lujo imposibles de obtener por la mayor parte de la población. En este punto de mis reminiscencias, debo resaltar que añoro, a pesar de las condiciones bajo las cuales nací y crecí, la vida en aquella época, ya que era tranquila y se vivía en una paz interna que al día de hoy pocas veces he vuelto a sentir.

Recuerdo que los domingos eran los días más concurridos en el pueblo. Era el día más esperado por todos y el único en el que las personas podían pasar un rato divertido y agradable con sus familias, a su vez que servía de escape de las duras jornadas y actividades de la semana a las que ya la mayoría estaban acostumbrados. En la mañana, por lo general desde bien temprano, las personas se dedicaban a orar o asistir a la misa

dominical en la catedral. Luego, algunos se deleitaban asistiendo al parque central con el fin de compartir con otros las anécdotas de las actividades transcurridas durante la semana. Otras personas iban al río y aprovechaban para pescar, principalmente con tarraya, especímenes que luego les servían para llevar a sus casas y ser cocinados a la hora del almuerzo o la comida en cada uno de sus hogares. En especial abundaba un animal que llaman “panche”. Era resbaladizo, tenía un aspecto verdoso oscuro y una gran boca en comparación con el resto de su cuerpo. Este pez era utilizado generalmente para hacer caldos o sancochos. Después del almuerzo, algunas personas asistían al parque, donde se encontraban en la cancha de arena y, entre “cotejos” de fútbol, pasaban casi el resto de la tarde. Otros se dedicaban a departir jugando “rana”, “tejo”, “pull”, “dominó” o “tapitas”, y conjugaban alguna de estas actividades con una cerveza, con la excusa de “tomarse una pa’ la sed”, como comúnmente se mencionaba en el pueblo. Era un lugar muy tranquilo. Ya por la noche, los domingos siempre terminaban orando y dando gracias a Dios.

Cuando tenía alrededor de los once años, mi vida transcurría ayudando a mi madre a conseguir algún dinero para la alimentación de mis dos hermanos menores, Francisco, de seis años, y Diana, de cinco. Según mi madre, físicamente mi contextura y talla en aquella época parecía la de un muchacho de trece años. De acuerdo con ella, era “un muchacho alto, delgado y guapo”, aunque de esto último lo decía por puro “amor de madre”, ya que nada tengo de apuesto. Nuestro lugar de residencia quedaba aproximadamente a veinte minutos a pie del centro del pueblo y estaba conformado por un espacio pequeño de no más de nueve de mis pasos de aquella época de largo por seis de ancho. Era un lugar muy ordenado y siempre lleno de olor a leña y a arcilla húmeda. Recuerdo que las paredes de aquel espacio parecían de barro y el techo de lata. Mi madre tenía veintisiete años de edad. No era una persona físicamente bella, sin embargo, para mí, era lo más hermoso que habían visto mis ojos (esto se mantiene hasta el día de hoy).

Ella era analfabeta, humilde y sumisa; tuvo que trabajar a muy corta edad para poder sobrevivir y desprenderse de los maltratos y humillaciones a los que era expuesta por parte de sus padres desde que nació y a quiénes nunca conocí. A pesar de esto, era una persona llena de amor hacia nosotros y hacia los demás, que no guardaba ningún rencor en su corazón. Recuerdo que siempre dormía con nosotros. Solo poseíamos dos camas pequeñas debido al espacio y a los pocos recursos con que contábamos. Algunas veces dormía conmigo y otras tantas con alguno de mis hermanos. De mi padre solo guardo una imagen borrosa del día en que se despidió de mí, recién nacida mí hermana, a mis seis años de edad. Prometió ir a buscar una mejor vida, para luego regresar por nosotros. Nunca lo he vuelto a ver desde aquel día.

Mi madre trabajaba como empleada doméstica o empleada del servicio. El salario que devengaba era muy escaso, a pesar de laborar en una familia pudiente. Por ende, era difícil para ella suministrar el sustento y la manutención para nuestro hogar. Además, era de mi conocimiento, que el trabajo en aquella familia era arduo y el trato hacia ella no era el mejor, siendo continuamente objeto de palabras y actuaciones desconsideradas, las cuales me herían el alma y el corazón. Por tal motivo, con tan solo once años abandoné mis estudios y comencé a trabajar arreglando zapatos con “Don Chepe”, quién era un experto en el arte de la zapatería. Don Chepe era una persona humilde del pueblo que le gustaba enseñar a los demás su arte. Él no quería darme trabajo debido a mi corta edad, sin embargo, entendía mi condición y, a regañadientes, después de insistirle mucho, aceptó que lo acompañe en su ardua labor, no como trabajador sino como “estudiante con sueldo”. Al fin y al cabo según él, era preferible que yo estuviera allí aprendiendo algo, que andar vagando y “buscando lo que no se me ha perdido”. A pesar que la paga no era buena, pasaba momentos agradables con Don Chepe arreglando zapatos y compartiendo sus historias y evocaciones. El poco dinero que recibía servía para ayudarle a mi mamá en la manutención propia y de mis hermanos. Los días

en la zapatería eran extenuantes y al final de la jornada pasaba a recoger a mis hermanos a la escuela pública del pueblo, en la cual cuidaban de ellos durante el día. La escuela quedaba a 30 minutos a pie de nuestro hogar y el camino hacia ella era escarpado, pedregoso y, en época de lluvia, era imposible transitarla, ya que se volvía una vía peligrosa y muy difícil de recorrer. En el pueblo existía un colegio privado, pero a él era imposible acceder por nuestra situación económica. Estaba reservado para los hijos de aquellas personas que se hacían llamar “gente bien” del pueblo.

Un día soleado y caluroso de esos de verano apareció en la zapatería de Don Chepe un hombre delgado, de edad entre los treinta y cinco y cuarenta años, llamado Pablo. Inicialmente se presentó a Don Chepe, y luego se dirigió a mí con una pregunta: “¿Por qué un niño como tú no está estudiando?”. Yo lo miré fijamente a los ojos y noté que me estaba haciendo la pregunta con respeto y agrado, y de la misma forma le respondí, contándole sucintamente la situación en la que se encontraba mi familia. Luego, él se me presentó y le dio a Don Chepe unos zapatos para que los arreglara. Don Chepe los revisó y le indicó que el costo del arreglo era alto, ya que aquellos zapatos estaban bastante deteriorados. Incluso le insinuó que era mejor que los botara y comprara unos nuevos. Don Pablo le mencionó, que para él esos zapatos tenían un valor sentimental muy alto y que quería que los arreglara. Don Chepe, acostumbrado a siempre tener que rebajar el coste inicial acordado con sus clientes para poder hacer su trabajo, le dijo a Don Pablo que le podía hacer una rebaja, a lo que este le contestó: “Don chepe mire, yo nunca le pregunté en cuanto me podía dejar el arreglo de los zapatos, usted me dio un precio inicial que a mí me pareció justo, ya que su trabajo ¡lo vale!... le voy a pagar lo que acordó inicialmente sin ningún descuento, pero eso sí, solo le pido que lo haga con buena voluntad y bien hecho”. Luego, se despidió amablemente de nosotros, se montó en una camioneta de su propiedad y se fue. Desde ese momento, supe que aquel hombre era una persona justa, honrada y honorable.

Poco después por medio de un amigo me enteré, que Don Pablo era un señor relativamente “nuevo” en el pueblo y adinerado. Se dedicaba principalmente a la ganadería y al cultivo de la tierra y era el padre de José, un niño de la misma edad mía. También era concejal del pueblo y político de la región. Tenía una esposa hermosa, estudiada y muy “señora de su casa”, cuyos tiempos libres los dedicaba enteramente a su hijo y a Don Pablo. Don Pablo no tenía parientes cercanos pues era el hijo único de una familia cuyos padres habían muerto en un accidente. Él había heredado de sus padres todas sus pertenencias desde muy joven.

Tres días después, Don Pablo volvió a la zapatería a recoger sus zapatos. Don Chepe se los entregó, y él primero los revisó detalladamente. Felicitó a Don Chepe por su trabajo y luego le pagó según lo acordado. Cuando iba de salida se dirigió hacia mí y me dijo: “necesito que me recomiendes a alguien para que ayude a mi esposa con las labores del hogar. La casa donde vivo con mi familia es grande y necesitamos algo de ayuda extra para mantenerla limpia y arreglada”. Muy dentro de mí sabía que Don Pablo quería que esa persona fuera mi madre debido a la breve conversación que había sostenido conmigo la primera vez que entró a la zapatería. Además, volví a observar en sus ojos que tenía buena voluntad hacia mí. Le dije que esa persona podría ser mi madre y que hablaría con ella para darle una razón en “menos de lo que canta un gallo”, como se decía tradicionalmente en el pueblo. Él tomó papel y lápiz y me anotó su dirección para ubicarlo tan pronto tuviera la razón. Al despedirse volvió a repetirme mirándome a los ojos: “tú eres un niño...no deberías estar trabajando”.

Ese mismo día en la noche, mi madre llegó cansada del trabajo y a pesar de eso, primero nos cocinó y luego jugueteó con nosotros hasta muy entrada la noche. Ella es el ser que más admiro en la vida, es una mujer que, a pesar de no poseer ropa y accesorios elegantes, está llena de valores, ternura y humildad. Siempre ha

estado cuando la necesitamos y jamás estuvo de acuerdo con que yo trabajara. Siempre me decía que ella soñaba con que sus hijos fueran estudiados y que “salieran adelante como profesionales”. Todo esto lo decía con voz entrecortada, ya que se sentía incapaz de llevar a cabo este sueño. Para intentar animarla, yo le decía que en adelante entre los dos íbamos a hacer todo lo posible para que ella pudiera ver realizado este sueño por lo menos en mis hermanitos. Tenía esa linda costumbre de abrazarnos y besarnos lo más que podía. Según ella, el amor era lo único que nos podía ofrecer sin necesidad de dinero. Esa misma noche, antes de acostarnos a dormir, le comenté la conversación que había sostenido con Don Pablo y le entregué el papel que este me había dado con su dirección. Al principio se rehusó a contestarme sobre la propuesta que me había hecho Don Pablo, ya que ella llevaba trabajando con los “Salinas” varios años, desde que mi padre nos abandonó. Además, era una persona prevenida debido a la forma como había transcurrido su propia vida. Luego me dijo que lo pensaría y que posiblemente podríamos ir a conversar con Don Pablo el domingo. La siguiente noche fue igual de maravillosa que la anterior, entre risas, juegos y cantos con nuestra madre, mis hermanos y yo pasábamos un rato verdaderamente agradable en aquel espacio que para muchos podría llegar a ser paupérrimo, pero que para nosotros era todo. Dormir en aquel lugar era placentero, máxime cuando se hacía arrullado por el canto sublime de los animales e insectos que rodeaban nuestro hogar.

Al otro día, mi madre se levantó mucho más temprano de lo acostumbrado a pesar de que era domingo, día de descanso. Luego de servirnos el desayuno me preguntó por la dirección de Don Pablo y nos pidió que la acompañásemos a allí. Fuimos a misa como todos los domingos, y luego partimos hacia la casa de Don Pablo. Recuerdo que cuando llegamos a la casa de él, era en realidad una finca vasta en extensión. En la entrada había una reja grande y en el centro de esta un candado enorme que servía como elemento para golpear la reja y hacer el sonido necesario para que

¿Alguna vez se ha preguntado cómo es la vida de una persona que ha sufrido desplazamiento forzado?

Pues leyendo algo sobre el tema y tratando de contestar esta pregunta, terminé redactando el presente texto en el cual relato principalmente la historia de dos hermanos, el amor mutuo y su lucha constante para salir adelante. Una bella historia redactada con mensajes que tocarán la fibra más humana de cada uno de ustedes como lectores. Valores como la humildad, la honradez, el respeto a la vida y hacia los demás se conjugan durante la lectura para dirigirse hacia sus sentimientos y emociones más profundas. Al final de la lectura, estoy seguro, ustedes no serán los mismos, algo se moverá por dentro y los impulsará a ser mejores personas.

Colección: *Interés general*  
Área: *Interés general*

ECOE  
EDICIONES

[www.ecoediciones.com](http://www.ecoediciones.com)

ISBN 978-958-771-394-7



9 789587 713947